



## HOMILÍA EN LA APERTURA DEL CURSO PASTORAL 2009-2010

Santa Iglesia Catedral, 2 de octubre de 2009

*Queridos Sr. Vicario de Pastoral, Párrocos y sacerdotes concelebrantes; Religiosos/as, seminaristas; representantes de los distintos Consejos Pastorales Parroquiales y Arciprestales; miembros de Asociaciones y Movimientos; catequistas, profesores de religión ... y hermanos/as todos en el Señor:*

Hoy, festividad de los **Santos Ángeles Custodios** nos hemos reunido en esta Santa Iglesia Catedral -como Iglesia madre de toda la Diócesis- para ofrecer un sacrificio de alabanza a Dios, haciendo presente la redención de los hombres por la entrega de Jesucristo, Nuestro Señor, y por Él invocar al Espíritu Santo que nos ayude en el nuevo Curso Pastoral que comenzamos.

La Iglesia celebra a los Santos Ángeles como enviados al servicio de la Iglesia en la misión apostólica a la cual hemos sido todos asociados.

Acabamos de finalizar la **“Semana de Teología”**, dedicada este año a **“La parroquia”**, pero acentuando -con motivo del **“Año sacerdotal”** que estamos celebrando-, la misión del sacerdote en la misma. Se nos ha recordado cómo la parroquia es la presencia de la Iglesia local en un lugar concreto.

El profesor Bueno de la Fuente abundaba en la misma idea afirmando que ante el ambiente de descristianización y pluralismo que estamos viviendo, el futuro de la Iglesia depende de la conciencia de **“misión”** que adquieran las iglesias locales. Y por ende, cada una de las Parroquias, llamadas a ser **“casa de comunión”** y de envío de la Buena Noticia que hemos conocido a través del Evangelio, en la persona de Jesucristo.

**¡Ven, Espíritu Santo!**

Pues bien, esto mismo nos reúne; al igual que en Éfeso o Corintio hoy la Iglesia de Asidonia- Jerez, es decir, los católicos que vivimos en las ciudades y pueblos que la conforman, nos hemos congregado para escuchar la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía.

Para dar gracias a Dios que nos renueva una vez más su confianza para **“trabajar en su viña”** y pedirle -como lo hacemos en la fiesta de Pentecostés- que **“nos envíe desde el cielo un rayo de su luz”**; que su Espíritu nos despierte interiormente para comenzar con decisión el nuevo curso y coger fuerzas necesarias en nuestro quehacer catequético y evangelizador, pues **“nadie puede decir Jesús es Señor, si no es bajo la acción del Espíritu**

**Santo”** (1Cor. 12,3b).

Hoy aquí resplandecen los distintos carismas y ministerios que dan un rostro concreto a nuestra Diócesis; unos al servicio de la catequesis de niños y adultos, otros más dedicados a la expresión de la caridad como es el caso de Cáritas y Manos Unidas; otros involucrados en la educación y formación de jóvenes, otros fomentando la justicia social; algunos promoviendo y ayudando a las familias y a los enfermos; otros preocupados por la cultura, la liturgia, etc.

### ***En comunión de fe***

A su vez descubrimos laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes; miembros de Asociaciones, de Movimientos, de Hermandades etc. Pero todos conformando el NOSOTROS eclesial. Es esta riqueza y esta diversidad, y al mismo tiempo esta COMUNIÓN en torno al Obispo, la que nos mueve a proclamar con María, Madre de la Iglesia, un canto de alabanza a nuestro Dios, recordando que la misión de la Iglesia –la nuestra en estos momentos- es seguir transmitiendo que ***“su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”***.

Al mismo tiempo, nos lleva a pedir el Espíritu Santo para que nunca caigamos en la tentación de salirnos de este NOSOTROS eclesial; que día a día nos ayude a construir esta comunión desde la humildad, como nos dice San Pablo: ***“considerando a los otros como superiores a tí”***, teniendo siempre claro que todos estamos llamados a construir y conformar el Cuerpo de Cristo.

Y dentro del cuerpo, todos los miembros son necesarios y cada uno tiene una misión propia. Todos los carismas, ministerios y servicios son maravillosos y necesarios para hacer presente el rostro de Cristo en esta bendita tierra de Asidonia- Jerez. Es la unidad en la fe y en el amor lo que hace creíble la misión de la Iglesia y lo que incrementa su fecundidad apostólica; como, por el contrario, es la desunión y la discordia lo que debilita su imagen y su misión.

### ***Enviados a la viña***

En este sentido recordamos que la comunión en el cuerpo se mantiene gracias a la comunión en la fe. Es decir, la adhesión fiel que día a día tenemos que mantener, evitando sustituir la doctrina de la Iglesia por opiniones procedentes de ideologías externas, y no olvidando que los responsables de la predicación y de la catequesis no somos espontáneos que actúan por cuenta propia sino enviados por el Dueño de la viña a través de sus Pastores.

Teniendo presente, pues, este entramado de la vida pastoral, resuenan especialmente las palabras del Evangelio ***“quien a vosotros os escucha a mí me escucha; quien a vosotros os rechaza a mí me rechaza”***. Son palabras que nos sitúan en el corazón de la acción evangelizadora. Todos somos enviados. El Obispo lo es como sucesor de los Apóstoles, y vosotros

colaboradores al servicio de la misma misión, que no es otra que anunciar a Dios como Padre y a Jesucristo como el Salvador y hacer entrega de los Dones Santos que de Él hemos recibido.

Entre ellos recordamos que no hay evangelización si no se ofrece en nombre del Señor el perdón de los pecados, si no prende la llama de la esperanza de la Vida eterna, si no se inicia en la oración

A este respecto, permitidme que os recuerde -con palabras de Juan Pablo II- que tenemos en el Catecismo de la Iglesia Católica ***“un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y norma segura para la enseñanza de la fe”***. Es, en cuanto expresión autorizada de la Doctrina católica, un instrumento idóneo para garantizar la renovación promovida por el Concilio Vaticano II.

Consiguientemente, es punto de referencia claro y preciso para todos nosotros y una ayuda preciosa para la predicación y la formación cristiana.

Y todo ello ungido por la caridad activa y efectiva, como misión de la Iglesia, según nos lo ha dejado ilustrado Benedicto XVI en su primera Encíclica ***“Deus caritas est”*** y recientemente en la ***“Caritas in veritate”***.

### ***Ser santos***

La ***“caridad en la verdad”*** supone que tenemos que predicar con el ejemplo, con autenticidad. Y, ***“¿qué tenemos que hacer?”*** –preguntaron a Pedro sus oyentes la mañana de Pentecostés-. La misma pregunta nos podríamos hacer nosotros hoy. Si el Apóstol remitió al Bautismo, nosotros podemos fijarnos en lo que es el horizonte de toda vida cristiana: la santidad. Tenemos que ser santos. Cada uno según su vocación, cada uno a su manera, cada uno según los dones que ha recibido.

Y para ello conocéis cuáles son los pasos esenciales y necesarios que todos hemos de cumplir. La escucha de la Palabra, la oración. La oración personal diaria, la oración conjunta en la familia, en los grupos de formación, en la comunidad.

Y, ¿cómo no? la celebración de los sacramentos; especialmente la Eucaristía dominical asumida como principio de nuestra vida en comunión espiritual con Cristo y con la Iglesia; y el sacramento de la Penitencia, como fuente maravillosa de la misericordia de Dios. Ése es el camino a seguir para ser testigos del amor de Dios y para renovar el vigor espiritual de nuestras parroquias.

La vitalidad de la comunidad parroquial, del grupo de formación o de acción pastoral, depende directamente de la fuerza espiritual de cada uno de nosotros. No hay Iglesia fuerte y fecunda sin cristianos ardientes y convertidos; y esto supone al mismo tiempo, cristianos humildes, misericordiosos y pacientes con los demás. Fuertes en el amor y en la abnegación; dispuestos a vivir y dar la

vida por Jesucristo y por el servicio al Evangelio y a la edificación del Reino de Dios.

Es verdad que la tarea nos puede resultar a veces ardua y que precisamente ante el reto de la misión, es donde descubrimos nuestra debilidad como cristianos y como apóstoles.

Pero también es verdad que no estamos solos, que el Señor nos acompaña y camina a nuestro lado, que Él ***“está con nosotros todos los días de nuestra vida hasta el fin del mundo”***.

Y junto a la Eucaristía, -el Pan de la vida-, y cercano a ella como un alimento también necesario, el amor y la devoción a la Virgen María. Ella nos anima, nos alienta y nos fortalece en nuestro quehacer. Y nos remite a Jesucristo, su Hijo, recordándonos siempre que debemos ***“hacer lo que El nos diga”*** .

Quedémonos con estas palabras. Son palabras que tienen Luz y Vida, infunden valor y esperanza, aunque el camino sea largo y oscuro. Porque a la luz de Cristo resucitado, el Espíritu Santo nos confirma –como el Ángel a María- que ***“para Dios nada hay imposible”***. Que así sea.

+ ***José Mazuelos Pérez***  
Obispo de Asidonia-Jerez